

Al amanecer los cuerpos de los pájaros muertos brillaban en la luz húmeda del pantano, y los plumajes grises colgaban sobre el agua quieta como nubes caídas. Todas las mañanas, cuando Crispin salía a la cubierta de la nave, veía los pájaros tendidos en las ensenadas y los canales donde habían muerto dos meses atrás —limpias ahora las heridas por la lenta corriente— y observaba a la mujer canosa que vivía en la casa vacía debajo del acantilado y caminaba entonces por la orilla del río. A lo largo de la estrecha playa los pájaros inmensos, más grandes que cóndores, yacían a los pies de la mujer. Mientras Crispin la contemplaba desde el puente de la nave, ella caminaba entre los pájaros, agachándose de vez en cuando para arrancar una pluma de las alas extendidas. Al final del paseo, cuando regresaba por el prado húmedo hacia la casa, llevaba los brazos cargados de inmensos plumeros blancos.

Al principio Crispin había tenido una oscura sensación de molestia viendo cómo esta extraña mujer bajaba hasta la playa y les quitaba sosegadamente las plumas a los pájaros muertos. Aunque en las márgenes del río y en la ensenada donde estaba anclada la nave había miles de criaturas muertas, Crispin las sentía aún como propiedad personal. El mismo, casi sin ayuda, había sido responsable de la matanza de muchos pájaros en las últimas terribles batallas, cuando llegaron de los nidos al mar del Norte atacando a la nave. Cada una de las inmensas criaturas blancas —gaviotas en su mayor parte, más unos pocos petreles— llevaba en el corazón, como una joya, la bala de Crispin.

Mientras observaba a la mujer, que cruzaba el prado hacia la casa, Crispin recordó otra vez las horas frenéticas que habían precedido al desesperado ataque final de los pájaros. Desesperado le parecía ahora, cuando los cuerpos yacían como una colcha húmeda sobre los fríos pantanos de Norfolk, pero entonces, meses atrás, cuando aquellas formas abultadas habían oscurecido el cielo de la nave, era Crispin quien había perdido toda esperanza.

Los pájaros, más grandes que hombres, de envergaduras de hasta veinte metros, habían tapado el sol. Crispin corrió como loco por las herrumbrosas cubiertas de metal, arrastrando con las manos laceradas las cajas de municiones, y cargándolas en las recámaras de las ametralladoras. Mientras, Quimby, el muchacho idiota de la granja de Long Reach, a quien Crispin le había pedido que lo ayudara a cargar las armas, farfullaba en la cubierta de proa, saltando sobre las piernas torcidas, tratando de escapar a las enormes sombras que pasaban allá arriba. Cuando los pájaros se

precipitaron sobre la nave, y el cielo fue de pronto una guadaña blanca, Crispin apenas alcanzó a refugiarse en la torrecilla, bajo el dosel de los aparejos.

Había vencido sin embargo. La primera ola, que descendía como una armada blanca, fue derribada sobre los pantanos, y Crispin se volvió luego hacia el segundo grupo: una bandada que venía volando sobre el río, a baja altura. Los cuerpos habían golpeado los costados de la nave, sobre la línea de flotación, mellando el casco. En la culminación de la batalla, los pájaros habían estado en todas partes; las alas eran como cruces chillonas en el cielo, y los cadáveres chocaban contra el cordaje y caían en la cubierta, alrededor, mientras Crispin movía las pesadas ametralladoras, disparando a un lado y a otro. Crispin perdió toda esperanza una docena de veces, y maldijo a los hombres que lo habían dejado en este armatoste herrumbroso a merced de los pájaros gigantes y contando sólo con la ayuda de Quimby, a quien había tenido que pagarle de su propio bolsillo.

Entonces, cuando parecía que la batalla duraría para siempre, y cuando los pájaros ocultaban todavía el cielo, y ya casi no había municiones, Crispin vio a Quimby que bailaba sobre los cuerpos apilados en la cubierta, y los arrojaba al agua con la horquilla, a medida que caían a su alrededor.

En ese momento Crispin supo que había vencido. Quimby —la cara y el pecho deformes manchados de plumas y sangre— trajo en seguida más munición. Gritando ahora, animado por un orgullo que nacía del coraje y del miedo, Crispin había acabado con el resto de los pájaros, matando a tiros a los rezagados, unos pocos halcones jóvenes, cuando volaban hacia la orilla. Durante toda una hora, cuando ya había muerto el último pájaro y las aguas del río pasaban enrojecidas de sangre, Crispin, instalado en la torre, disparó al cielo que se había atrevido a atacarlo.

Poco después el tumulto y la excitación de la batalla habían concluido del todo, y Crispin descubrió que el único testigo de la victoria sobre aquel Apocalipsis aéreo era un idiota patizambo a quien nadie prestaría atención. Por supuesto, la mujer canosa había estado siempre allí, oculta detrás de las persianas de la casa, pero Crispin no lo supo sino horas después, cuando ella empezó a pasearse entre los cadáveres. En un principio, Crispin se había sentido contento mirando los pájaros derribados, las formas borrosas arrastradas por los frescos remolinos del río y las aguas pantanosas. Envío a Quimby de vuelta a la granja, y observó cómo el idiota iba río abajo pateando los cuerpos hinchados. Luego, llevando como bandoleras los cartuchos de ametralladora, cruzados sobre el pecho, Crispin se instaló en el puente de mando.

La aparición de la mujer lo alegró, sintiendo que ahora había alguien que lo acompañaba en el triunfo, y que ella debía de haberlo visto en la plataforma del puente. Pero la mujer le echó una única ojeada, y no volvió a mirarlo. Parecía que no tenía otro propósito que el de explorar la playa y el prado delante de la casa.

Tres días después de la batalla la mujer había salido al prado con Quimby, y el enano se pasó la mañana y la tarde sacando de allí los cuerpos de los pájaros. Los apiló en una pesada carreta de madera, se metió luego entre las varas, y llevó la carga a un foso cerca de la granja. Al día siguiente apareció de nuevo en un bote de madera que impulsaba con una pértiga. La mujer iba de pie en la proa como un fantasma distante entre los cuerpos de los pájaros que flotaban en el agua. De cuando en cuando Quimby alzaba la pértiga y daba vuelta a alguno de los enormes cadáveres, como si buscara algo entre ellos. Había muchas historias apócrifas, y algunas gentes de la región contaban que los picos de los pájaros llevaban colmillos de marfil, pero Crispin sabía que esto era un disparate.

Los movimientos de la mujer confundían a Crispin, pues sentía que la muerte de los pájaros había serenado también el paisaje alrededor de la nave y todo lo que allí había. Poco después, cuando la mujer empezó a recolectar plumas de pájaro, Crispin pensó que estaban despojándolo de un privilegio exclusivo. Tarde o temprano las ratas del río y otros saqueadores de los pantanos destruirían a los pájaros, pero ahora Crispin se sentía ofendido viendo que alguien lo despojaba de un tesoro obtenido con tanto esfuerzo. Luego de la batalla había mandado un breve mensaje manuscrito, de letra desigual, al oficial del puesto del ejército, a treinta kilómetros de distancia, y mientras no llegara la respuesta prefería que nadie moviera de su sitio aquellos miles de cuerpos. Como miembro conscripto del servicio de vigilancia no podía esperar un premio en dinero, pero no era imposible en cambio que le dieran una medalla o lo recomendaran a las autoridades.

El hecho de que la mujer era el único testigo, además del idiota Quimby, lo convenció de que no convenía contrariarla. Por otra parte, la mujer tenía una conducta tan rara que bien podía estar loca. Crispin nunca la había visto a menos de trescientos metros —la distancia que separaba a la nave de la orilla—, pero la miraba a menudo con ayuda del telescopio montado en la baranda del puente, y alcanzaba a verle con claridad el pelo blanco y el rostro arrogante y pálido, y los brazos delgados pero fuertes. La mujer andaba de un lado a otro con los brazos en jarras, y vestida con una bata gris que le llegaba a los tobillos. Tenía el aspecto descuidado de alguien que ha vivido solo durante mucho tiempo, y ya no le importa.

Crispin observó durante horas a la mujer, que caminaba entre los cadáveres. La marea depositaba en la arena una nueva carga, todos los días, pero ahora que los cuerpos estaban descomponiéndose, no parecían tener ningún significado, excepto desde lejos. La casa de la mujer miraba la ensenada de aguas poco profundas donde había anclado la nave, una de esas tantas embarcaciones costeras que fueron transformadas apresuradamente cuando aparecieron las primeras bandadas de pájaros, dos años atrás. Mirando por el telescopio Crispin podía contar las marcas en el estuco blanco donde habían golpeado las balas de la ametralladora.

Al fin del paseo, la mujer llevaba en los brazos una guirnalda de plumas. Mientras

Crispin la observaba, con las manos apoyadas en las bandoleras que le cruzaban el pecho, la mujer se acercó a uno de los pájaros, metiéndose en el agua poco profunda, y miró la cabeza sumergida a medias. Luego arrancó una pluma del ala y la sumó a la colección que llevaba en los brazos.

Impaciente, Crispin volvió al telescopio. En el pequeño ocular, la figura tambaleante de la mujer, tapada casi por la espuma de plumas blancas, se asemejaba a la de un enorme pájaro ornamental, un pavo real blanco. ¿Se imaginaría quizá la mujer, por algún motivo, que ella misma era un pájaro?

Crispin entró en la cabina del timón y pasó los dedos por la pistola de señales. Cuando la mujer apareciera de nuevo, a la mañana siguiente, él podía dispararle una de las luces por encima de la cabeza, avisándole así que los pájaros le pertenecían, súbditos de su propio reino transitorio. El granjero, Hassell, que había venido con Quimby a pedirle permiso para quemar algunos de los cuerpos y utilizarlos como fertilizante, había admitido francamente los derechos morales de Crispin.

Crispin acostumbraba inspeccionar en las horas de la mañana las cajas de municiones y las montaduras de la artillería. Las cajas de metal resquebrajaban las cubiertas herrumbrosas. La nave entera se hundía poco a poco en el lodo. En la marea alta, Crispin oía cómo el agua entraba por centenares de hendeduras y agujeros de remaches, como un ejército de roedores de lenguas de plata.

Esta mañana, sin embargo, la inspección fue breve. Luego de probar la torrecilla del puente —siempre había la posibilidad de que apareciera de pronto algún pájaro rezagado, viniendo desde los terrenos de nidos, a lo largo de la costa abandonada— Crispin volvió al telescopio. La mujer estaba a un lado de la casa, cortando los restos de una pequeña pérgola de rosas. De cuando en cuando miraba el cielo y el acantilado, examinando la oscura línea escarpada como si esperara a uno de los pájaros.

Crispin sintió entonces que su propio temor a los pájaros había quedado atrás, y comprendió por qué le molestaba que la mujer les arrancase las plumas. A medida que los cuerpos y el plumaje empezaban a descomponerse, Crispin sentía una mayor necesidad de conservarlos. Recordaba a menudo aquellas caras trágicas que habían descendido del cielo, más lastimosas que temibles, víctimas de lo que el oficial de distrito había llamado un "accidente biológico"... Crispin recordaba vagamente al hombre que había hablado de los nuevos promotores de crecimiento utilizados en los sembrados de East Anglia, y de cómo habían afectado, de un modo extraordinario e imprevisto, la vida de las aves.

Cinco años antes Crispin había trabajado a jornal en el campo, incapaz de encontrar algo mejor luego de los años desperdiciados en el servicio militar. Recordaba el primero de los nuevos rocíos artificiales empleados en el trigo y en los sembrados de fruta; el viscoso residuo fosforescente que centelleaba en las plantas y los árboles a la

luz de la luna transformaba el tranquilo remanso agrícola en un paisaje misterioso donde las fuerzas de una naturaleza oculta estaban siempre alertas y en movimiento. La goma de plata había obstruido las bocas de las gaviotas y las urracas, y los cadáveres habían cubierto los campos. El mismo Crispin había salvado a muchos de los pájaros limpiándoles el pico y las plumas y echándolos a volar hacia la costa.

Los pájaros volvieron tres años después. Los primeros cuervos marinos y las gaviotas de cabeza negra tenían una envergadura de tres o cuatro metros, cuerpos fuertes, y picos capaces de despedazar a un perro común. Cerniéndose a baja altura sobre la campiña, mientras Crispin manejaba el tractor bajo los cielos despejados, parecían esperar algún acontecimiento.

En el otoño siguiente apareció una segunda generación de pájaros, todavía mayores: gorriones feroces como águilas, plangas y gaviotas con envergaduras de cóndores. Esas criaturas inmensas, anchas y fuertes como hombres, escapaban de las tormentas de la costa, matando el ganado de los campos y atacando a las familias de campesinos. Regresando por algún motivo a los sembrados infectados, eran la avanzada de una flota aérea de millones de pájaros que oscurecieron los cielos del país. Impulsados por el hambre empezaron a atacar a los seres humanos, única fuente posible de alimento.

Crispin había estado demasiado ocupado en la defensa de la granja y no había seguido el curso de la batalla contra los pájaros, que se libraba en todo el mundo. La granja —a no más de quince kilómetros de la costa— había sido sitiada. Luego de atacar a las vacas del lugar, los pájaros se volvieron hacia los edificios de la granja. Una noche Crispin despertó en el momento en que un pájaro fragata, de hombros más anchos que una puerta, hacia pedazos la persiana de la puerta y entraba en el cuarto. Tomando la horquilla, Crispin la clavó por el cuello a la pared.

Luego de la destrucción de la granja, en la que murieron el propietario, los miembros de la familia y otros tres hombres, Crispin se ofreció como voluntario en el servicio de vigilancia. El oficial que encabezaba la columna motorizada rechazó al principio la oferta de Crispin. Examinando a aquel hombrecito, de cara de hurón, nariz ganchuda y una marca de nacimiento —como una estrella— bajo el ojo izquierdo, y que cojeaba por entre las ruinas de la granja vestido con poco más que una camiseta deportiva manchada de sangre, mientras los últimos pájaros se alejaban girando como cruces en el cielo, el oficial había meneado la cabeza, viendo en los ojos de Crispin una ciega necesidad de venganza.

Sin embargo, cuando contaron los pájaros muertos alrededor del horno de ladrillos, donde Crispin se había defendido empleando como única arma una guadaña poco más alta que él, lo aceptaron en seguida. Le dieron un rifle y durante media hora recorrieron los campos contiguos, cubiertos de esqueletos de vacas y cerdos, rematando a los pájaros caídos.

Finalmente, Crispin había ido a parar a la nave de vigilancia, un armatoste grisáceo que se herrumbraba en un remanso de aguas pantanosas, donde un enano armado de una pértiga empujaba una barca entre cadáveres de pájaros, y una mujer loca se adornaba en la playa con guirnaldas de plumas.

Durante una hora Crispin se paseó por la nave mientras la mujer trabajaba detrás de la casa. De pronto ella apareció con una cesta de mimbre colmada de plumas y las extendió sobre un bastidor junto a la pérgola de rosas.

En la popa de la nave Crispin abrió de un puntapié la puerta de la cocina. Atisbó el oscuro interior.

—¡Quimby! ¿Estás ahí?

Este oscuro agujero era todavía como un segundo hogar para Quimby. El enano se aparecía de cuando en cuando en la nave, quizá con la esperanza de asistir a otra batalla contra los pájaros.

No hubo respuesta y echándose el rifle al hombro Crispin fue hacia la escalerilla. Mirando siempre la orilla del río, donde el penacho de humo de una hoguera subía en el aire plácido, se ajustó las bandoleras y descendió por la crujiente escalerilla que llevaba a la lancha.

Los cuerpos muertos de los pájaros se amontonaban alrededor de la nave como el piso empapado de una balsa. Luego de intentar que la lancha se abriera camino entre los cadáveres, Crispin detuvo el motor fuera de borda y empuñó un garfio. Muchos de los pájaros pesaban cerca de doscientos cincuenta kilos, y flotaban en el agua con las alas entrelazadas, enredados en los cables y cuerdas que bajaban de las cubiertas. Crispin apenas podía apartarlos con el garfio, y lentamente impulsó la lancha hacia la boca del estuario.

Recordó que el oficial le había hablado del estrecho parentesco que unía a pájaros y reptiles —y esto explicaba evidentemente la ferocidad y el odio de los pájaros cuando tropezaban con algún mamífero—, pero para Crispin las caras lavadas que asomaban en la superficie eran como las caras de unos delfines ahogados. Casi humanas, de expresión individual y serena. Mientras avanzaba por el río entre las formas flotantes se le ocurrió que había sido atacado por una raza de hombres alados impulsados, no por la crueldad del instinto ciego, sino por el llamado de un destino irrevocable y desconocido. A lo largo de la orilla vecina, las formas plateadas de los pájaros yacían entre los árboles y en los claros de hierba. Sentado en la lancha Crispin sintió que había dejado atrás una apocalíptica batalla celeste, y que en el paisaje de la mañana los pájaros eran como los cadáveres de unos ángeles caídos.

Acercó la lancha a la playa, apartando los pájaros tendidos en las aguas poco

profundas. Por algún motivo, una bandada de palomas —y algunas tórtolas entre ellas— había caído a orillas del agua. Los cuerpos de pecho hinchado, de por lo menos tres metros de largo de la cabeza a la copa, yacían como dormidos sobre la arena húmeda, cerrados los ojos a la cálida luz del sol. Sosteniéndose las bandoleras, Crispin saltó a la orilla. Delante se extendía un prado pequeño, cubierto de cadáveres. Caminó entre ellos hacia la casa, pisando a veces las puntas de unas alas.

Un puente de madera cruzaba una zanja, y llevaba al jardín. A un lado, como un símbolo heráldico que señalaba el camino, se alzaba el ala de un águila blanca. Las plumas inmensas, delicadamente modeladas, le recordaron los adornos de una escultura monumental, y a la luz un poco más oscura de las proximidades del acantilado, las plumas aparentemente conservadas daban al prado el aspecto de un vasto jardín funerario avícola.

Cuando Crispin llegó a la casa la mujer estaba de pie junto al bastidor, poniendo más plumas a secar. A la derecha, cerca del mirador, sobre un toco armazón que la mujer había construido con unas maderas de la pérgola, había una pila de plumas blancas. Una atmósfera de ruina pendía sobre la casa; los pájaros habían roto casi todas las ventanas en los ataques de los últimos años, y en el huerto y el corral se acumulaba la basura.

La mujer se volvió hacia Crispin. Lo miró, sorprendentemente, con una expresión severa, como no teniendo en cuenta el aspecto de bandido de Crispin: las bandoleras de cartuchos, el rifle, la cara atravesada de cicatrices. Mientras la observaba a través del telescopio, Crispin había pensado que la mujer era bastante mayor, pero, descubría ahora, no tenía mucho más de treinta años, y la cabellera blanca era tan espesa y tersa como el plumaje de los pájaros muertos en los campos de alrededor. El resto de la figura, sin embargo, a pesar de la firmeza del cuerpo y las manos, estaba tan descuidado como la casa. La hermosa cara, desprovista de todo maquillaje, parecía haber sido expuesta deliberadamente a los vientos cortantes del invierno, y la bata de lana que le llegaba a los tobillos estaba manchada de aceite y descubría los bordes raídos de unas viejas sandalias.

Crispin se detuvo un momento, preguntándose por qué habría ido a visitar a la mujer. Las pilas de plumas que se secaban en el bastidor no eran de veras una amenaza a la autoridad, como lo había recordado mientras cruzaba el prado hacia la casa. No obstante, entendía que algo —quizá la experiencia de los pájaros— le había ligado a la mujer. El cielo despejado y destructor, los campos de cadáveres tendidos a la luz, el fuego que ardía no muy lejos, todo parecía referirse a un pasado común.

Poniendo la última pluma en el bastidor, la mujer dijo:

—¿Me puede ayudar?

Crispin se adelantó, indeciso.

—Por supuesto ¿Qué desea?

La mujer señaló un soporte todavía en pie de la pérgola de rosas. Un serrucho herrumbroso estaba clavado en una muesca de la madera.

—¿Puede cortarlo?

Crispin acompañó a la mujer hasta la pérgola, descolgando el rifle que llevaba al hombro, y señaló los restos de una cerca derruida, junto a la huerta.

—¿Quiere leña? Esa madera ardería mejor.

—No... Necesita el armazón. Tiene que ser fuerte —la mujer notó que Crispin jugueteaba ahora con el rifle y vaciló un momento, retrayéndose—. ¿Puede hacerlo? El enano no vino hoy, y es él quien me ayuda.

Crispin alzó una mano.

—Cuenta conmigo.

Apoyó el rifle contra la pérgola, y tomó el serrucho. Tironeó un rato, zafándolo de la muesca, y se puso a trabajar.

—Gracias.

Mientras Crispin serruchaba la mujer se quedó al lado, mirándolo con una sonrisa amable cuando las bandoleras empezaron a columpiarse junto con los movimientos del brazo y el pecho.

Crispin se detuvo resistiéndose a quitarse las bandoleras, signo de autoridad. Miró hacia la nave, y la mujer comentó, recogiendo la trenza de pelo:

—¿Es usted el capitán? Lo he visto en el puente.

—Bueno... —Crispin nunca había oído que alguien lo llamara capitán, pero el título parecía implicar cierto prestigio. Asintió modestamente— Crispin —dijo, presentándose—. Capitán Crispin. Encantado de servirla.

—Yo soy Catherine York —llevándose una mano al pelo blanco y apretándolo contra el cuello la mujer sonrió otra vez—. Hermoso barco.

Crispin trabajó de nuevo con el serrucho, preguntándose si ella sabría lo que decía.

Cuando sacó el armazón y la puso en el lecho de plumas, se ajustó ostensiblemente las bandoleras. La mujer pareció no notarlo.

—¿Necesita leña? —preguntó Crispin—. Le puedo conseguir alguna más.

—Tengo suficiente

Catherine tocó las plumas del armazón y luego le dio las gracias a Crispin y entró en la casa, cerrando la puerta del vestíbulo con un chirrido de goznes herrumbrosos.

Crispin atravesó el jardín y luego el prado. Los pájaros yacían alrededor como antes, pero recordando, aunque fugazmente, la simpática sonrisa de la mujer, Crispin los ignoró. Puso en movimiento la lancha apartando los pájaros flotantes con bruscos golpes de pértiga. La nave estaba inmóvil, asentada en el lodo rodeada de la balsa gris de cadáveres empapados. Crispin sintió por primera vez el peso sombrío de aquel herrumbroso armatoste.

Mientras subía por la plancha vio la pequeña figura de Quimby en el puente, que miraba el cielo con ojos atolondrados. Crispin le había prohibido expresamente al enano que se acercase al timón, aunque era poco probable que la nave pudiese ir a alguna parte. Irritado, le gritó a Quimby que dejase el barco.

El enano bajó a cubierta saltando por la red de cuerdas gastadas. Corrió hacia Crispin.

—¡Crisp! —gritó, con su voz ronca—¡Vieron uno! ¡Venía de la costa! Hassell me dijo que te avisara.

Crispin se detuvo. Sintió que el corazón le saltaba en el pecho, y miró el cielo con el rabo del ojo, vigilando al mismo tiempo al enano.

—¿Cuándo?

—Ayer —el enano torció un hombro, como si tratara de sacar a luz un recuerdo extraviado—. ¿O habrá sido esta mañana? De todos modos, viene hacia aquí. ¿Estás preparado, Crisp?

Apoyando firmemente una mano en la culata del rifle, Crispin dejó atrás al enano.

—Siempre estoy preparado —replicó—. ¿Y tú? —apuntó con un dedo hacia la casa—. Tendrías que estar con la mujer, Catherine York. Tuve que ayudarla. Dijo que no quería verte más.

—¿Qué? —el enano corrió por la cubierta, tocando la baranda herrumbrosa con las manos. Al fin se dio por vencido con un elaborado encogimiento de hombros—. Ah, es

una mujer extraña. Perdió al marido, sabes Crisp. Y al bebé.

Crispin se detuvo al pie de la escalera del puente.

—¿Es cierto eso? ¿Cómo sucedió?

—Una paloma mató al hombre, lo deshizo en el techo, luego se llevó al bebé. Un pájaro manso, no lo olvides —Crispin lo miró escépticamente y el enano asintió con un movimiento de cabeza—. Así fue. El hombre, York, era también extraño. Tenía esa paloma enorme atada a una cadena.

Crispin subió al puente y miró a través del río hacia la casa. Luego de meditar durante cinco minutos, echó a Quimby de la nave, y se pasó media hora revisando la instalación de la artillería. Dio poca importancia a la historia de que habían visto uno de los pájaros —aún quedaban, sin duda, unos pocos extraviados, buscando las bandadas— pero la vulnerabilidad de la mujer del otro lado del río le recordó que tenía que tomar todas las precauciones. Cerca de la casa la mujer estaría relativamente segura; pero al descubierto, durante los largos paseos por la playa, era una presa fácil.

Lo que podía ocurrirle a Catherine York le importaba de algún modo, y esa disyuntiva le obligó a salir otra vez en la lancha. Medio kilómetro río abajo ancló la embarcación junto a un extenso prado abierto, directamente debajo de la línea de vuelo de los pájaros que habían atacado el barco. Era aquí, en el césped fresco y verde, donde habían caído más aves moribundas. Una lluvia reciente ocultaba el olor de las inmensas gaviotas y petreles que yacían unos sobre otros como ángeles. En el pasado Crispin siempre había andado con orgullo entre esta blanca cosecha que habla segado del cielo, pero ahora caminó con rapidez por los retorcidos corredores, entre las aves, con un cesto de mimbre bajo el brazo, pensando sólo en la tarea que le esperaba.

Cuando llegó al terreno más alto, en el centro del prado, puso el cesto sobre el cadáver de un halcón, y empezó a desplumar las alas y los pechos de los pájaros que yacían en torno. A pesar de la lluvia, las plumas estaban casi secas. Crispin trabajó durante media hora, arrancando las plumas con las manos, y luego las fue llevando con el cesto a la lancha. Mientras iba y venía, la cabeza y los hombros inclinados apenas le asomaban por encima de los pájaros muertos.

Cuando Crispin dejó la orilla, la pequeña embarcación estaba cargada de plumeros brillantes de la proa a la popa. Crispin iba de pie al timón, mirando por encima del cargamento, mientras navegaba río arriba. Ancló el bote en la playa debajo de la casa de la mujer. Una tenue columna de humo se alzaba desde el fuego, y Crispin oyó a la señora York que cortaba más leña.

Crispin cruzó el agua poco profunda que rodeaba el bote, seleccionando las plumas mejores y ordenándolas en el cesto: las plumas brillantes de la cola de un halcón, el

plumaje madreperla de un petrel, las plumas castañas del pecho de un eider. Se echó el cesto al hombro y caminó hacia la casa.

Catherine York estaba acercando la armazón al fuego, arreglando las plumas entre el humo flotante. En la hoguera que se levantaba sobre la armazón de la pérgola había ahora muchas más plumas. La mujer había entrelazado las plumas de más afuera, que eran como un borde firme.

Crispin puso el cesto delante de la mujer y dio un paso atrás.

—Señora York, le traje esto. Pensé que le podrían servir.

La mujer miró oblicuamente al cielo, luego sacudió la cabeza como perpleja. Crispin se preguntó de pronto si ella lo habría reconocido.

—¿Qué son?

—Plumas. Para ahí —Crispin señaló la fogata—. Son las mejores que encontré.

Catherine York se arrodilló, y la falda ocultó las gastadas sandalias. Tocó las plumas de colores como si reconociera a los propietarios originales.

—Son hermosas. Gracias, capitán —la mujer se puso de pie—. Me gustaría quedarme con ellas, pero sólo necesito de este tipo.

Crispin siguió con la vista la mano de la mujer que señalaba las plumas blancas de la armazón. Lanzando un juramento, palmeó la culata del rifle.

—¡Palomas! ¡Son todas palomas! ¿Cómo no me di cuenta? —Crispin recogió el cesto—. Le buscaré...

—Crispin... —Catherine York lo tomó del brazo. Los ojos preocupados recorrieron la cara de Crispin, como esperando encontrar un modo amable de echarlo de allí—. Tengo bastantes, gracias. Ya está terminado.

Crispin vaciló, esperando poder decirle algo a esta hermosa mujer de pelo blanco, que tenía las manos y el vestido cubiertos por el suave plumón de las palomas. Luego recogió el cesto y volvió a la lancha.

Mientras navegaba por el río hacia la nave, Crispin caminó de un lado a otro en la lancha, echando el cargamento de plumas al agua. Detrás, los suaves plumajes se alejaban como una estela.

Esa noche, mientras Crispin descansaba en la herrumbrosa litera del camarote, las

visiones de unos pájaros inmensos que atravesaban los cielos luminosos del sueño fueron interrumpidas por el débil murmullo del aire en el cordaje, el clamor apagado de una voz aérea llamándose a sí misma. Crispin despertó y se quedó quieto, con la cabeza apoyada en el montante de metal, escuchando la voz que giraba en el mástil.

Saltó de la litera. Tomó el rifle y subió al puente, descalzo, corriendo por la escalera. Cuando llegó a cubierta, con el cañón del rifle apuntando al aire, alcanzó a ver, contra la noche iluminada por la luna, la figura de un inmenso pájaro que se alejaba volando sobre el río.

Crispin se precipitó hacia la baranda, tratando de afirmar el rifle para dispararle al ave. Se dio por vencido cuando la figura salió del alcance del arma y se perdió en la sombra del acantilado. Una vez puesto en guardia, el pájaro no volvería nunca más a la nave. Extraviado, habría esperado sin duda poder anidar entre los mástiles y el cordaje.

Poco antes del amanecer, luego de una guardia ininterrumpida en cubierta, Crispin atravesó el río en la lancha. Sobreexcitado, estaba convencido de haber visto al pájaro dando vueltas sobre la casa de Catherine York. Quizá el pájaro habría descubierto a Catherine York, dormida, a través de las ventanas rotas. El eco sordo del motor golpeaba sobre el agua, quebrada por las formas flotantes de los pájaros muertos. Crispin se inclinó hacia adelante, apretando el rifle, y llevó la lancha hasta la orilla. Corrió por el prado oscurecido, donde yacían los cadáveres como sombras de plata, y se lanzó al patio cubierto de guijarros, arrodillándose junto a la puerta, tratando de oír los sonidos de la mujer que dormía en el cuarto de arriba.

Durante una hora, mientras el alba subía sobre el acantilado, Crispin vagó alrededor de la casa. No había señales del pájaro, pero al fin encontró el montón de plumas colocado sobre la armazón. Se asomó al suave hueco gris, y advirtió que había sorprendido a la paloma en el acto mismo de preparar un nido.

Cuidando de no despertar a la mujer que dormía arriba, detrás de las ventanas destrozadas, Crispin destruyó el nido. Aplastó los lados con la culata del rifle, y agujereó el fondo tejido. Luego, sintiendo la satisfacción de haber salvado a Catherine York de la pesadilla de salir de la casa y ver el pájaro preparado para atacarla, posado en la percha del nido, Crispin se alejó en la claridad creciente y volvió a la nave.

En los días siguientes, a pesar de no haber abandonado la vigilancia, Crispin no volvió a ver la paloma. Catherine York permaneció en la casa, y no supo que la habían salvado. Crispin patrullaba de noche la casa de la mujer. El cambio del tiempo, y el primer sabor del invierno cercano, habían alterado el paisaje, y durante el día Crispin pasaba las horas en el puente, sin ánimo de salir a los pantanos que rodeaban la nave.

En la noche de la tormenta, Crispin vio otra vez el pájaro. Durante toda la tarde las

nubes oscuras habían venido del mar, siguiendo la cuenca del río, y al anochecer la lluvia ocultó el acantilado de más allá de la casa. Crispin se quedó en la cabina del puente, escuchando cómo gemían los mamparos mientras el viento arrastraba un poco más la nave hacia el lodo.

Los relámpagos parpadeaban sobre el río, iluminando los miles de cadáveres en los prados. Crispin estaba apoyado en el timón, mirándose la cara delgada reflejada en el vidrio oscuro, cuando un inmenso rostro blanco, afilado también, se deslizó dentro de la imagen del vidrio. Mientras Crispin miraba, un par de inmensas alas se extendieron de pronto en los hombros de esta aparición. En seguida, una mansa y blanca paloma, iluminada por el destello fugaz de un relámpago, se alzó entre las ráfagas huracanadas que envolvían el mástil, enredándose las alas en los cables de acero.

Aún revoloteaba, tratando de refugiarse de la lluvia cuando Crispin salió a cubierta y le atravesó el corazón de un tiro.

A la mañana Crispin dejó la cabina y subió al techo. El pájaro muerto colgaba con las alas extendidas entre unos cables de acero enredados. La cara triste abría el pico hacia Crispin, con una expresión no muy distinta de la que había mostrado cuando apareció en el vidrio junto con la imagen de Crispin, durante el apogeo de la tormenta. Ahora, mientras el viento débil se apagaba en el agua, Crispin miró la casa al pie del acantilado. El pájaro colgaba como una cruz blanca contra la vegetación oscura de los prados y el pantano, y Crispin esperó a que Catherine York se asomase a la ventana, temiendo que una ráfaga repentina arrojase la paloma a cubierta.

Cuando Quimby llegó en el bote, dos horas después, Crispin lo hizo subir al mástil a asegurar la paloma en la cruceta. El enano parecía hipnotizado, y saltaba de un lado a otro debajo del pájaro, haciendo todo lo que Crispin le decía.

—¡Dispara un tiro, Crisp! —exhortó a Crispin, que estaba junto a la baranda, desconsolado—. Por encima de la casa, ¡eso la hará salir!

—¿Te parece? —Crispin levantó el rifle, expulsando la cápsula de la bala que había destruido al pájaro. Miró cómo el cartucho brillante caía al agua plumosa.

—No sé... puede asustarla. Iré allí.

—Sí, Crisp... —el enano corría por la cubierta—. Tráela, yo ordenaré aquí.

—Sí, quizá vaya.

Mientras acercaba la lancha a la orilla, Crispin se volvió para mirar la nave, comprobando que la paloma muerta se veía claramente desde la distancia. A la luz de la mañana el plumaje brillaba como nieve contra los mástiles herrumbrosos.

Cuando se acercó a la casa vio a Catherine York de pie en la puerta. La mujer lo miraba con ojos severos; el viento le movía el pelo sobre la cara.

Crispin estaba a diez metros cuando la mujer entró en la casa, cerrando a medias la puerta. Crispin echó a correr, y la mujer asomó la cabeza y gritó furiosamente:

—¡Váyase! ¡Vuelva al barco! ¡Vuelva a esos pájaros muertos que tanto quiere!

—Señorita Catherine... —Crispin se detuvo junto a la puerta, balbuceando—. Yo la salvé... señora York.

—¿Salvó? ¡Salve a los pájaros, capitán!

Crispin trató de hablar, pero la mujer cerró la puerta de golpe. Crispin volvió caminando por el prado, y cruzó el río impulsando la barca con la pértiga, sin advertir los redondos ojos de Quimby, que lo miraba desde la baranda del barco.

—Crisp... ¿Qué pasa? —el enano parecía ahora tranquilo—. ¿Qué ocurrió?

Crispin meneó la cabeza. Levantó los ojos hacia el pájaro muerto, tratando de encontrar alguna solución a la última réplica de la mujer.

—Quimby —le dijo al enano con voz serena—, Quimby, la mujer se cree un pájaro.

Durante la semana siguiente esta convicción creció en la mente aturdida de Crispin. El pájaro muerto le obsesionaba también cada vez más, suspendido allá arriba como un inmenso ángel asesinado. Los ojos de la paloma parecían seguir a Crispin por la nave, recordándole aquella primera aparición, casi dentro de la cara de él mismo, en el vidrio del puente.

Fue esta impresión de identidad con el pájaro lo que impulsó a Crispin en su estratagema final.

Subió al mástil, se aseguró al puesto de observación, y con una sierra de mano cortó los cables que sujetaban el cuerpo de la paloma. La enorme forma blanca del ave oscilaba en el viento, y las alas caídas golpeaban a Crispin amenazando hacerle perder el equilibrio. A ratos la lluvia arreciaba, pero las gotas ayudaban a lavar la sangre del pecho del pájaro y las escamas de herrumbre en la sierra. Al fin Crispin bajó el ave a cubierta y luego la amarró a la puerta de la escotilla, detrás de la chimenea.

Agotado, cayó en un sueño profundo y no despertó hasta el día siguiente. Al alba, armado de un machete, comenzó a destripar el cadáver del pájaro.

Tres días después Crispin estaba de pie en el acantilado, encima de la casa. La nave se veía allá abajo, lejos, junto a la otra orilla. El cadáver hueco de la paloma, que Crispin llevaba puesto sobre la cabeza y los hombros, parecía poco más pesado que una almohada. En la breve claridad de la luz del sol alzó las alas extendidas, sintiendo la levedad de los huesos y la corriente de aire que atravesaba las plumas. En la cima del cerro se movían algunas ráfagas más fuertes, que casi lo alzaban en el viento, y se acercó más a la pequeña encina que lo ocultaba de la casa.

Crispin apoyó en el tronco el rifle y las bandoleras. Bajó las alas y miró al cielo, asegurándose por última vez de que no había alrededor ningún halcón olfateando el olor de la sangre y del plumaje que le llenaban los pulmones.

Llegó al perímetro del prado que rodeaba la casa, y cruzó la cerca a cinco metros sobre el suelo. Se sostenía con una mano del cadáver volador de la paloma, escondiendo a medias la cabeza dentro del cráneo, cuando la mujer le disparó dos tiros. La primera carga le atravesó a Crispin las plumas de la cola, pero la segunda le dio en el pecho y lo derribó sobre la hierba blanda, entre los pájaros.

Media hora más tarde, cuando vio que Crispin había muerto, Catherine York se adelantó hacia el cuerpo retorcido de la paloma y empezó a arrancarle las plumas mejores, y a llevarlas al nido que estaba construyendo para el pájaro grande que vendría un día y le traería el hijo de vuelta.